Año IX — Barcelona 17 de Julio de 1912 — Epoca 4.ª—Número 118

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos | Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.°, 1.ª

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre . . 1'00 »
» Extranjero » . 1'50 »

Sobre la revolución mejicana

A requerimiento de algunos compañeros y como justificación de nuestro proceder en lo que afecta a la revolución social, que completamente independiente de la revolución política, en la actualidad se está efectuando en Méjico, escribimos el presente artículo.

Comenzamos nuestra propaganda en pro de los que en Méjico luchan al grito de ¡viva Tierra y Libertad! después de un detenido estudio de este movimiento.

Lo altamente simpático que para nosotros era tal grito excitó nuestra atención y nos hizo fijarnos en los elementos que lo daban. Vimos que mientras Madero y sus partidarios luchaban con las armas en la mano para arrancar el sillón presidencial al dictador Porfirio Díaz, el llamado Partido Liberal Mejicano luchaba para arrancar las tierras de manos de los detentadores, y al penetrar en los poblados quemaban los archivos de la propiedad, llevando a cabo la expropiación en favor del pueblo, anulando toda clase de autoridad.

Como comprobación de que los compañeros eran ajenos a la lucha política, vimos en la prensa la cobardía y traición llevada a cabo por el entonces jefe insurrecto Madero, atrayendo con engaños a los libertarios y haciendo fusilar a los más significados, precisamente porque en vez de una revolución política efectuaban una revolución social.

Fué entonces cuando creímos necesario prestar solidaridad a los que—según nuestras observaciones—se habían decidido a llevar a la práctica parte de nuestras teorías. Con gran éxito iniciamos una suscripción en estas columnas a la vez que la Confederación Nacional del Trabajo iniciaba otra en *Solidaridad Obrera*.

Debido a que algunos periódicos obreros extranjeros manifestaron sus dudas respecto al verdadero carácter de la lucha, nos pusimos en observación; pero la lectura de la prensa burguesa mejicana que se escandalizaba de que las guerrillas libertarias demostraban no llevar otro objeto que la expropiación, al mismo tiempo que las noticias facilitadas por el prestigioso y significado compañero Grehage, que fué exprofeso a Méjico, para comunicar a los camaradas argentinos datos exactos de la lucha, así como el artículo de Kropotkine calificando la lucha, de lucha agraria, nos decidió a continuar laborando en pro de tan abnegados compañeros.

Por si esto no fuera bastante hemos visto triunfar la revolución de Madero y los titulados libertarios han continuado con su bandera roja y su lema Tierra y Libertad, con lo que demostraron que no les unta nada a los elementos políticos.

Las dudas surgidas a algunos colegas y compañeros no las creemos justificadas. Los que llevan cerca de dos años dando el alto ejemplo, que ojalá pudiéramos imitar tan pronto como deseamos, son dignos de apoyo. Pues qué; ¿no están llevando a la práctica lo que nosotros teorizamos? ¿Acaso se pretendía un rápido triunfo a pesar de las desventajosas condiciones en que luchan? ¿O es qué sólo hemos de aplaudir a los vencedores?

Nosotros aplaudimos a los luchadores de hoy para que sean los vencedores de mañana. Además, que para nosotros han triunfado. ¿Qué mayor triunfo que sostenerse dos años en guerra contra el capital y contra la autoridad?

***

Los compañeros que forman la junta revolucionaria, residente en Los Angeles, han estado presos y están procesados, habiéndose suspendido por tres veces la vista de la causa. La última lo fué a causa de los incidentes promovidos en el local de la audiencia, por las jóvenes Lucila Gindera, hija adoptiva de Flores Magón, Elena Luévano y Mercedes Figueroa, hija de Anselmo Figueroa, el editor de *Regeneración*, quienes en unión de otras entusiastas compañeras supieron imponerse impidiendo que desalojaran el local, que estaba completamente lleno de revolucionarios y apostrofando a los testigos falsos, que tuvieron que retirarse corridos y avergonzados al ver que unas mujeres, casi unas niñas, les daban una lección de dignidad.

En el periódico burgués *Los Angeles Dail Times*, aparecen los retratos de tres de estas jóvenes y la escena de la hija adoptiva de Flores Magón, en el acto de abofetear al confidente policíaco Peter Martin, uno de los testigos falsos.

No se limita la junta revolucionaria a alentar a la lucha a los mejicanos por medio del periódico *Regeneración*, sino que varios compañeros que ayudan a la misma, forman tribuna pública en las plazas de Los Angeles, haciendo propaganda anarquista, distinguiéndose en esta labor la compañera Francisca J. Mendoza.

***

Estos son los antecedentes que por diferentes conductos hemos adquirido del movimiento social que se está desarrollando en Méjico y al que tal vez le cuadre mejor el nombre de «Lucha agraria» con que la ha calificado Kropotkine. Creyendo cumplir un deber, continuaremos alentándolos en su titánica lucha. Que sería poco noble que los que aplaudimos todo espíritu progresivo de rebeldía, hiciéramos el vacío a los que sacrifican su vida agrupados en torno de la bandera roja que ostenta en su centro el lema de *Tierra y Libertad para todos*.

Críticas y demostraciones

Los *sabios* economistas y los burgueses con barniz de ilustración, no se dan punto de reposo tratando de demostrar al proletariado la inoportunidad de sus pretensiones. Ven acercarse un grave peligro, algo que lleva ya en sí la demolición del vetusto edificio social, y no ciertamente en perjuicio del trabajador, y es lógico que para evitarlo acudan a todos los medios.

El que se presta a seguirles por el campo de sus particulares investigaciones de orden económico, y no se prepara muy bien de antemano, se arriesga a sufrir tal cúmulo de confusiones en su cerebro que hasta pueden inducirle a rectificar por completo su orientación y sus ideas.

Sin embargo, al profundizar siquiera un poco sus teorías, se echa de ver inmediatamente lo artificioso de su base.

En primer término, nos afirman solemnemente que en la sociedad actual existe un equilibrio perfecto, siempre de acuerdo con los medios y valores a nuestro alcance.

Esta afirmación puede que indigne al lector, pero cesará en seguida su protesta cuando sepa en qué está fundada.

Ellos dicen que la insuficiencia o ignorancia de los más está supuda por la capacidad y conocimiento de los menos; si las masas se hallan faltas de dirección propia, aquí están ellos para orientarla, y como obligada consecuencia de todo eso, si disfrutan abundantemente de todas las riquezas, en tanto que el pueblo perece en medio del más grande infortunio, es porque ello está relacionado con la *colosal* inteligencia y esfuerzo de la clase directora y con la *ínfima* mentalidad de las multitudes: he ahí la nivelación, el equilibrio.

Nosotros, que no nos pagamos de engañosas retóricas, y vamos, como vulgarmente se dice, al grano, les salimos al paso diciéndoles que la tal nivelación no es más que la injusticia legalizada, la acción del poderoso oprimiendo al desheredado, la detentación de la riqueza social por parte de los no productores, en perjuicio del asalariado que sucumbe bajo el peso de la miseria y la explotación, las luchas ciegas de pueblo a pueblo promovidas para satisfacer particulares y bajas ambiciones, y en conclusión, entraña todas las arbitrariedades y abusos característicos del presente régimen social.

Negamos a los potentados, el derecho a dirigir al pueblo, cualesquiera que sean sus fines, y con mayor motivo cuando tales direcciones sólo producen el enriquecimiento de los directores y la pobreza de los dirigidos.

Y sostenemos, que bastando la producción actual para satisfacer cuando menos las más apremiantes necesidades de los humanos, todos tienen derecho a su disfrute equitativo, sin odiosos privilegios, que siempre quedan como tales por más que se intente disfrazarlos con brillantes adjetivos.

Pero entonces nos censuran por haber caído en el más grande de los errores: el de afirmar que la producción actual es suficiente para las necesidades de la humanidad. Y añaden, que no alcanzando dicha producción para todos, es empeño vano querer dar satisfacción a todos los deseos. De ahí la existencia de satisfechos y hambrientos.

Nos vemos privados de prestar nuestra conformidad a esos conceptos, porque, además de ser absurdos y disparatados, nunca van seguidos de una clara demostración. No obstante eso, veamos: suponiendo por un momento que lo dicho por nuestros adversarios sea cierto, ¿guarda acaso alguna relación la opulencia y derroche de los potentados con la extrema miseria de los oprimidos?

Si todo cuanto poseen y derrochan los ricos y lo que consumen los pobres fuese acumulado y repartido luego equitativamente a todos los miembros de la sociedad, ¿dejarían de satisfacerse las más apremiantes necesidades?

No se nos probará lo contrario.

Lo que sí existe y se halla bien patente es la desigualdad en el disfrute, por cuanto lo necesario para vivir, por ejemplo, diez familias, lo disfruta una sola mediante una previa y vil detentación.

Y no tenemos en cuenta todavía los enormes productos que quedan almacenados de un año para otro.

Se nos dirá, naturalmente, que esos productos constituyen el *stok*, el depósito indispensable para prevenir cualquier entorpecimiento o inesperada paralización en la producción mundial; pero cuando tantos miles de voces piden pan, y están al alcance del hombre tantas facilidades para poder obtenerlo, es muy discutible esa enorme reserva de productos, a pesar de cuanto digan los economistas.

Lo expuesto es sólo desde el punto de vista de la producción tal y como se verifica actualmente, sin recurrir a ninguna reforma; pero ¡cuántas ventajas obtendríamos si reorganizásemos la producción, aplicando de momento todas las energías a lo extrictamente útil e indispensable, y aun empleando tan sólo los medios de que disponemos en la actualidad!

***

Los capitales se multiplican constantemente, o se subdividen a veces, en contra de lo afirmado por algunos economistas, Marx inclusive; y para obtener un mediano interés, recurren a una medida que lleva aparejada la miseria de los asalariados: limitan la producción.

Si en una industria determinada se empleasen diariamente todos los trabajadores capaces para ello, la producción sería enorme, y ocasionaría, por tanto, la baja de los precios en los mercados.

Para que éstos se mantengan elevados limitan, pues, la producción; los accionistas perciben entonces un buen dividendo, pero el trabajador ve aumentar su miseria, por cuanto tal limitación le obliga a un largo paro forzoso y a una pérdida enorme de energía. Esta es la causa de que la producción actual sea escasa y de que en cada población existan miles de obreros paralizados.

Si, por otra parte, analizamos la producción inútil, descubriremos otra gran injusticia. ¡Cuántos trabajadores ocupados en la construcción de instrumentos de guerra y de muerte; cuántas energías empleadas en la confección de objetos de lujo completamente inútiles, destinados a satisfacer tan sólo las vanidades y caprichos de los privilegiados; cuánto esfuerzo sepultado estérilmente en el seno de los organismos de Estado y en sus instituciones secundarias de todas clases y categorías!

Es decir, por un lado, la producción limitada, castrando energías, y por otro, el esfuerzo humano empleado en labores absolutamente inútiles.

Y esas enormidades, ¿no pueden tener un remedio eficaz? ¡Radicalísimo!

Cese de una vez el empleo de actividades en todo cuanto es innecesario a la humanidad. Seamos todos productores, pero sin trabas ni limitaciones, disfrutando con equidad los frutos de nuestros esfuerzos, y el problema quedará resuelto. Sólo entonces dejaremos de asistir a la honda tragedia de aquellos trabajadores que abandonan sus lugares para ir a tierras lejanas en busca de pan, mientras a su alrededor permanecen improductivas las grandes haciendas, convertidas en cotos de caza para solaz de sus propietarios.

Alguien ha dicho, haciéndose eco de las falsas teorías de Malthus, y para mermar nuestros optimismos, que aumentando de manera tan extraordinaria el número de seres humanos, llegará un momento en que la Naturaleza no dará de sí lo bastante para mantenerlos.

Pero nosotros no podemos creer eso, porque sabemos positivamente que el hombre acrecienta su fuerza productiva con mucha más rapidez de lo que él mismo se multiplica.

Finalmente, y con el fin de ponernos toda clase de trabas, se nos arguye que siendo muy distintas las inteligencias de los hombres, el disfrute de la riqueza social debe estar en armonía con la capacidad de cada individuo.

Esto es un error. Monopolizada la ciencia y vedado a los pobres el templo del saber, es evidente que la diferencia de conocimientos entre ricos y pobres ha de ser enorme. Pero, ¿demuestra este hecho que la inteligencia de los privilegiados es superior a la de los trabajadores?

No, ciertamente; sólo demuestra la desigualdad en los medios.

Suministremos a todos los seres los elementos indispensables para su ilustración y perfeccionamiento y desaparecerá la ignorancia para dar paso a la actividad de todos los hombres cultos.

No pretendemos la uniformidad de inteligencias, esto es imposible; pero la variedad de capacidades no justifica tampoco el privilegio en el disfrute a favor de determinadas aptitudes.

Muchas son las objecciones que se nos hacen con el fin de desorientarnos y restar valor a nuestras teorías. Pero éstas son tan claras y las intenciones de nuestros adversarios tan patentes, que su oposición solo sirve para que aquellas penetren con más rapidez en el seno de las multitudes.

FEDERICO FRUCTIDOR

Mentalidad socialista

Hace poco más de un año estaban en huelga los albañiles de Madrid.

Por solidaridad obrera, la huelga de los albañiles madrileños interesó a todo el proletariado español.

Por preocupación, atavismo y vicio de origen, la solidaridad se otorgó según la mentalidad socialista de la demanda, en forma de remesas de dinero, alambicado céntimo a céntimo por cotización, pero reunido en cantidades que formaron muchos miles de pesetas.

Era cosa convenida que la organización, la prudencia, la calma y las pesetas habían de dar el triunfo a los trabajadores que, tras fuerte organización y acumulo de prudencia, calma y pesetas y por añadidura con oportunidad, declararan guerra a sus explotadores, y no ha habido organización obrera mejor dispuesta que la sociedad de albañiles de Madrid para responder al lockout de sus patronos en 1911.

Escribo recurriendo a mis impresiones y recuerdos, sin notas ni documentos a la vista, pero seguro de la verdad esencial.

Duró la huelga unos dos meses. Cuando se vió la inminencia de la pérdida del dinero propio y del de la confraternidad solidaria, como capital expuesto en negocio que rueda por el despeñadero del fracaso, los albañiles directores de la huelga, los materialmente responsables de la bancarrota que avanzaba amenazando con sus penas y sus vergüenzas, hicieron lo que algunos burgueses apurados: recurrieron a préstamos usurarios de ideas, que habían de acabar, como acaba todo préstamo usurario, por hacer más desastroso el *pouff*, y en los *mitins* de albañiles en huelga floreció el lenguaje de la acción directa del más puro sindicalismo revolucionario, y cada orador de aquellos sobrepujaba a los más vehementes de la Confederación del Trabajo de Francia y aun a los novísimos sindicalistas ingleses.

Por desgracia para los albañiles madrileños, aquellos discursos amenazadores tropezaron con una figura inventada por la irónica malicia española, y cada orador que desde la tribuna lanzaba los rayos de su furor contra patronos y contratistas fué tomado por revolucionario de similor, por un *Enano de la Venta*.

Y se llegó a un acuerdo de que no quiero acordarme, pero que aseguro no fué un triunfo. Se pactó algo; se plantó un parche al honor, por el momento, pero quedaron ciertas reminiscencias que de cuando en cuando rezuman, manchan y hieden y dan lugar a que todavía puedan leerse cosas como la siguiente que publicaba días pasados *El Liberal*, de Madrid:

LOS ALBAÑILES

«*A pesar del tiempo transcurrido desde que los albañiles, pertenecientes a la Sociedad El Trabajo, y especialmente los que trabajan en las obras de la nueva Casa de Correos, iniciaron las gestiones cerca de los patronos y del presidente del Consejo de Ministros, para conseguir el aumento de un real en sus jornales, esta es la hora que nada se ha resuelto sobre el asunto.*

«*Una representación de dichos obreros nos ha visitado con el objeto de rogarnos que llamemos la atención del Sr. Canalejas y del ministro de la Gobernación, a fin de que se solucione rápidamente su petición, o se les comunique lo que piensan los patronos, para, en vista de ello, marcar la línea de conducta que por su parte hayan de seguir*».

Y así estamos, o así está una organización obrera madrileña, que había de ser fuerte por sí misma y refortalecida por la solidaridad; así debilita e mutiliza a los trabajadores ese socialismo perturbador que olvida «que la sujeción del trabajador al capital es la fuente de toda esclavitud política, moral y material, y que la emancipación económica es el gran objeto a que debe subordinarse todo movimiento político», como decía La Internacional, entreteniéndose en pactos político-burgueses y manteniendo organizaciones que renuncian a la idea de la emancipación por el propio pensamiento y por la propia energía, hasta caer en la ínfima pequeñez de *pedir* a un periódico burgués que *pida* a Canalejas y Barroso lo que habrían obtenido, y mucho más, si tuvieran salero para exigir, no como esclavos, sino como dueños de sí mismos y vendedores de su capacidad productora, y, por tanto, en disposición de mirar cara a cara al ideal emancipador.

Por septiembre hará un año fui a Madrid, de parte de la Confederación Nacional del Trabajo, a decir a los trabajadores madrileños, y lo dije en el Teatro Barbieri, que *la Caja de Resistencia es un mito*, que *la Industria ha evolucionado y la Caja de Resistencia no*, que *la Caja de Resistencia murió moralmente en la huelga de mecánicos en Inglaterra en 1897*.

No se enteraron, sin duda, los albañiles madrileños, obedeciendo indicaciones de las eminencias socialistas, que ordenaron el boicote a mi conferencia *El Proletariado emancipador*.

Y por no enterarse de eso y de otras muchas manifestaciones de la nueva vida proletaria, que se dirige rápidamente a la igualdad social, quedan así, aptos para festejar el 1.° de Mayo en la ribera del Manzanares, para votar cuándo y a quién se les ordene y para morirse en las amarguras de la explotación.

Es triste, pero habrá de esperarse a que los albañiles de otra generación hagan lo que los de la presente no han sabido hacer.

ANSELMO LORENZO

La ilustración del pueblo

En un periódico que ostenta el lema de progresivo, he leído este antidemocrático pensamiento de Benavente:

«Ilustrar las clases populares es como barnizar la madera de pino. La madera no gana gran cosa, pero sí los expendedores de barnices».

Es un error o una tontería, o las dos cosas, suponer que el pueblo nada ganaría con ilustrarse. Porque si fuera el pueblo ilustrado sabría hacer valer sus derechos, no se dejaría expoliar y escarnecer, ni serviría de trampolín a los ambiciosos.

Los pueblos son más libres cuanto más ilustrados. Por ejemplo, Inglaterra es el país en que más libertad se disfruta porque es donde la cultura está mejor distribuida.

Por el contrario, en los países donde el pueblo es más ignorante, el despotismo se manifiesta con gran virulencia, son los gobernantes más intemperantes, y los obreros tienen, por consiguiente, todavía menos libertad y menos bienestar que en las naciones donde las clases populares se hallan algo ilustradas.

Si el pueblo es ignorante es fácil sojuzgarlo. Un pueblo compuesto de individuos que en su mayoría no sepan ni aun leer y escribir, será un pueblo esclavo; soportará resignado sus cadenas; no sentirá la injusticia de que es víctima; no sabrá la razón de su miseria; no tendrá conciencia de sus derechos; será presa del fanatismo religioso; lo embaucarán los políticos de oficio; será explotado, tiranizado, vejado, y todo lo sufrirá sin protestar; difícil será que se rebele.

Y si un exceso de tiranía o de miseria lanza a las masas ignaras a la rebelión, ésta será poco menos que estéril, por faltar al impulso natural la dirección inteligente.

Un pueblo de ignorantes sería un pueblo perdido para la causa del progreso. Pocos defensores tendrán la libertad y la justicia donde sólo haya ignorantes.

La miseria, el fanatismo y el servilismo son los frutos naturales que da al pueblo su ignorancia. Es imposible que la ignorancia dé al pueblo nada bueno.

Y, en cambio, la cultura puede darle mucho, puede darle todo; puede darle la libertad y la independencia económica.

El pueblo sabe luchar por su bienestar y su libertad cuando deja de ser ignorante. En todos los países son los obreros más cultos los que forman la parte consciente del proletariado. Y es natural que así sea, pues cuando se está algo instruído se ven claramente las causas de las injusticias sociales.

Y cuando esas causas se conocen y se es víctima de sus efectos se trabaja para suprimirlas.

Los obreros aplican su cultura en favor de la transformación de la sociedad, como los burgueses emplean la suya en perfeccionar los medios de dominar y enriquecerse.

Cierto es que la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores, pero de los trabajadores cultos.

Sólo por la cultura llegará el proletariado a adquirir la capacidad necesaria para establecer un régimen social libre e igualitario.

Y precisamente porque el pueblo es cada vez más ilustrado, es más rebelde y está más cerca de lograr su liberación.

JOSÉ CHUECA

Zaragoza.

La unidad de la patria

«Dar nombre a cosas que no existen es un mal irremediable, porque estos nombres quedan en el lenguaje, y no se puede creer que tales palabras no significan nada».

Estos renglones leía yo ayer en un libro moderno de filosofía biológica minutos antes de leer por alto la sesión del Congreso, donde tanto, y al parecer con tanta elocuencia española, se habló de «la unidad de la patria». He aquí, me dije, ese mal irremediable de que se queja Dantec como biólogo, y cuya existencia ni siquiera sospecharía, si fuera él un político acostumbrado, como todos, a tomar las palabras por cosas reales y efectivas.

¡Ahí es nada «la unidad de la patria!» Desafío a cualquiera de los que la invocan en sus peroraciones, escritos o conversaciones, no ya a que la defina medianamente y de conformidad con otro «unitario» (eso sería mucho pedir), sino a que defina «la patria, con o sin unidad) de modo que no deje sin patria al noventa por ciento de los seres humanos.